

EN EL MUNDO DE LA CRUZ ROJA

EL PRESIDENTE DEL CICR Y LAS SOCIEDADES NACIONALES DE LA CRUZ ROJA UNA EXPERIENCIA DE TRES AÑOS

por **Eric Martin**
Ex presidente del CICR

Al término de una carrera académica, en el transcurso de la cual ocupé los cargos de rector de la Universidad de Ginebra y de decano de la Facultad de Medicina, fui llamado, en 1973, para presidir el CICR durante un período que sabía limitado a tres años. Hube de desempeñar esa tarea en estrecha colaboración con el señor Roger Gallopin, quien dirigía el Consejo Ejecutivo. El sistema de doble presidencia, establecido entonces, se suprimió a partir de 1976. Ese plazo de tres años y las condiciones inherentes a mis funciones imponían un límite a mis iniciativas y a mis ambiciones.

No habiendo formado nunca parte del CICR, hube de familiarizarme rápidamente con sus tareas y su estructura, su situación en el mundo y los problemas inmediatos planteados. En mi activo, bastante modesto, para decir verdad, contaba con la experiencia de la presidencia de la sección de la Cruz Roja de Ginebra y con la participación, durante varios años, en el Comité Central de la Cruz Roja Suiza. Algo conocía, pues, acerca de las Sociedades nacionales y de sus problemas. Además, primer médico llamado a presidir el CICR, estaba decidido a crear nuevamente en la Institución una División Médica, a dar importancia a la preparación de los delegados médicos y a organizar una logística médica para las acciones sobre el terreno.

Contribución de las Sociedades nacionales

Uno de mis primeros objetivos fue ponerme en contacto con los dirigentes de las Sociedades nacionales; me fue muy grato recibirlos en la sede del CICR y visitarlos en su respectivo país.

El deseo de conocer mejor a las Sociedades nacionales estaba ligado a un recuerdo bien preciso: el de la falta de interés del CICR respecto de la Cruz Roja Suiza cuando yo formaba parte de su Comité. Esa situación me había parecido deplorable y difícilmente justificable.

Invitado con frecuencia por las Sociedades nacionales, con motivo de acontecimientos importantes o de reuniones anuales, viajé sobre todo por Europa, tanto del Oeste como del Este, por América del Sur, un poco por África y por Asia.

El presidente del CICR tiene mucho que aprender de las Sociedades nacionales, viéndolas, sobre el terreno, manos a la obra, en las actividades que les son propias. Lo primero que comprobé fue la presencia, en todos los países, de hombres y mujeres trabajando con vocación, alentados por un verdadero espíritu de Cruz Roja. Hay en todas partes personas que se ponen generosamente al servicio del prójimo; en medio del egoísmo que reina en el mundo, son la levadura de la masa.

Mi segunda experiencia fue comprobar la diversidad de las actividades de las Sociedades nacionales. En cada país tienen una orientación particular: participación en la educación sanitaria, en las diversas formas de los servicios de sanidad, organización de dispensarios, formación de enfermeras o de voluntarios, gestión de hospitales, organización de servicios de transfusión de sangre, asistencia a personas ancianas, etc., etc. Los comentarios del señor Tansley y del doctor Dorolle ¹ acerca de esa diversidad de actividades no son muy favorables. Es cierto que el rendimiento, desde un punto de vista cuantitativo, según las normas de la OMS, puede parecer insuficiente, pero no parece justo aplicarles esos criterios sin otras consideraciones. El espíritu que anima a los equipos de la Cruz Roja, la importancia del trabajo, voluntario, la disponibilidad de los « activistas », su alta motivación, el contacto humano, son valores que no se pueden medir mediante estudios sobre el rendimiento.

En una época en que se proclama la importancia de las relaciones humanas y en que se comprueba su ausencia, la intervención de la Cruz Roja me parece a menudo irremplazable.

Una tercera experiencia fue notar cuán diferentes son las Sociedades nacionales por lo que respecta a su importancia, su alcance y su lugar en la comunidad. Algunas son omnipresentes, complementarias de toda acción sanitaria, están en todo el país; otras son más modestas, buscando un nuevo aliento, y tal vez demasiado limitadas, en la composición de sus miembros, a una cierta clase social. Por último, otras Sociedades

¹ *Reevaluación del Cometido de la Cruz Roja*, estudio dirigido por D. D. Tansley. Documento de referencia núm. 4: *Sociedades nacionales de la Cruz Roja, Salud y Bienestar social*, por el Dr. Pierre M. Dorolle, Ginebra, 1975 (Red.).

nacionales se enfrentan con una verdadera incomprensión por parte de las autoridades y luchan por su existencia.

El encanto y el interés de las visitas del presidente del CICR a las Sociedades nacionales consiste en el contacto directo que puede establecer con los dirigentes y con los miembros activos de las secciones locales. He participado muchas veces en reuniones solemnes y he tenido la oportunidad de tomar la palabra; pero los recuerdos más agradables que he guardado están asociados a simpáticas comidas en el campo, en Hungría por ejemplo, o bajo la tienda de campaña en el desierto de Mauritania, en una granja cooperativa de la URSS, o en la alcaldía de un municipio búlgaro... Así se establecían, fuera de todo protocolo y con toda sencillez, contactos útiles y se entablaban conversaciones sin reservas.

Se debe mencionar una cuarta experiencia: comprobar la estima que se tiene por el CICR, estima de la que se beneficia su presidente. Recién llegado al mundo de la Cruz Roja Internacional, fui cordialmente recibido en todas partes por los miembros de las Sociedades nacionales que, a veces, si bien no sabían con exactitud en qué consisten las tareas de la Institución que yo presidía, sabían lo suficiente para tener en gran consideración a la Institución de la que habían oído hablar mucho y que encarna para ellos el ideal de la Cruz Roja.

El mensaje del presidente del CICR

Si mi primer objetivo era conocer mejor a las Sociedades nacionales y establecer contactos personales con los dirigentes, quería, al mismo tiempo, explicarles la personalidad y la actividad del CICR, los problemas que se le plantean cotidianamente, los éxitos obtenidos y los inevitables fracasos. Había de explicar porqué el CICR no interviene más a menudo en los periódicos para protestar, para tomar posición en los casos de violación de los Convenios de Ginebra. Había de insistir acerca de su deber de estar presente al lado de las víctimas. Aunque no intervinimos con mucha frecuencia, oficialmente y en la prensa, nuestras gestiones, nuestras protestas ante los gobiernos no dejan de ser constantes, enérgicas y persuasivas.

Cuando no se ha actuado desde la sede del CICR, se desconoce por completo la importancia de su actividad en el mundo, la realidad de su presencia en todas las partes del globo donde hay tensiones políticas y amenazas de conflictos; no se conoce la amplitud y la gravedad de los problemas que hay que resolver, la urgencia de las decisiones. Cuando

una crisis imprevista y súbita requiere el envío de colaboradores, el CICR debe siempre vencer dificultades en un plazo de tiempo muy corto. Por ello, dedica atención especial al reclutamiento y a la formación de sus delegados. Insistí también sobre el hecho de que la urgencia de esas decisiones, la necesidad de mantener una doctrina uniforme y la exclusión de cualquier apreciación política, justifican que el CICR esté integrado exclusivamente por ciudadanos suizos.

En todas partes donde hay conflictos o amenazas de conflictos, los delegados del CICR están sobre el terreno, atentos y activos, en contacto con la sede o, a veces, solos, obligados a tomar decisiones importantes. Su responsabilidad es inmensa. Si bien se cometen errores, hay que tener en cuenta en qué condiciones realizan su trabajo.

El CICR intenta hacer respetar los convenios humanitarios, pero su acción se desarrolla actualmente en ámbitos en los que debe hacer valer su derecho de iniciativa, particularmente en beneficio de los detenidos políticos. Considero que esa labor será cada vez más importante, pero, en ese ámbito, tropieza a menudo con la oposición de los Estados y de los gobiernos, que no aceptan la intervención de una institución, incluso humanitaria, que atenta, aparentemente, contra su soberanía nacional.

En muchas ocasiones expliqué en qué condiciones se tomaron algunas de las decisiones del CICR, a veces controvertidas. Intenté aclarar los equívocos, justificar los puntos de vista de nuestra Institución que, estando al servicio de las víctimas, no puede dejarse influir por apreciaciones políticas. Ese lenguaje es a veces difícil de comprender para los dirigentes de las Sociedades nacionales, personas de buena voluntad, pero que, a pesar de querer ser imparciales, están implicadas en la acción y no pueden liberarse completamente de una apreciación política de la situación.

Me ha parecido asimismo indispensable señalar que el CICR no es una oficina donde se elaboran textos jurídicos imposibles de aplicar, sino que está integrada por un grupo de hombres que, inspirándose en las experiencias adquiridas sobre el terreno, intentan hacer que se beneficien de ellas las víctimas de los conflictos. Las circunstancias dramáticas en que han de tomarse a menudo las decisiones justifican suficientemente los errores que hayan podido cometerse.

Responsabilidad de las Sociedades nacionales

El presidente del CICR ha de orientar también a las Sociedades nacionales por lo que respecta a sus responsabilidades y a sus tareas en caso de guerra o de disturbios internos y a la colaboración que debe instaurar.

rarse entre los delegados del CICR y las Sociedades nacionales. En numerosas circunstancias, el apoyo de las Sociedades nacionales en una acción común ha sido una ayuda considerable para el CICR. Sin ese apoyo no hubiera podido llevar a cabo su labor. Es importante expresar aquí el agradecimiento del CICR a las Sociedades nacionales que se ponen a su disposición cada vez que se solicita su ayuda.

Cuando el presidente del CICR se dirige a las Sociedades nacionales, ha de ser el apóstol del derecho humanitario. Su alegato, difícil, arduo, tiene a veces poco eco en una Sociedad nacional dedicada a actividades prácticas. Pero el CICR es el defensor de los Convenios de Ginebra. Es a menudo tarea ingrata; los Convenios son letra muerta si no se los conoce bien en los ministerios, en las fuerzas armadas y si las Sociedades de la Cruz Roja ignoran las obligaciones que les imponen.

El CICR y la Liga

En mis contactos con las Sociedades nacionales, tuve el privilegio de mantener relaciones muy amistosas con el señor Henrik Beer, secretario general de la Liga, así como con sus principales colaboradores. Durante toda mi presidencia, me preocupé por mantener un contacto estrecho con la Liga y con su presidente, y por disipar las pequeñas dificultades que pudieran surgir. Es inimaginable que, ante las Sociedades nacionales, los representantes del CICR y de la Liga no aparezcan perfectamente unidos en un mismo deseo de colaborar en la realización de una acción común, y teniendo el mismo respeto del Ideal.

Tres años para un nuevo presidente del CICR es un plazo corto, pero suficiente para que pueda medir, por una parte, la grandeza de la Idea, y, por otra parte, para que aprecie la inmensa buena voluntad de todos aquellos que en el mundo trabajan por la misma.

Eric MARTIN
Ex presidente del CICR